

Teorías contemporáneas de la traducción
(exploraciones pedagógicas)

Anthony Pym

Mayo de 2008

ÍNDICE

Introducción

Agradecimientos

1. ¿Qué son las teorías de la traducción?

Los paradigmas de teorías

Cómo está organizado este libro

¿Por qué estudiar las teorías de la traducción?

2. Teorías de la equivalencia

La equivalencia como concepto

Equivalencia vs. lengua

Equivalencia natural y equivalencia direccional

Estrategias para mantener la equivalencia natural

Estrategias para lograr la equivalencia direccional

La equivalencia como referencia

¿Sólo dos categorías?

La teoría de la relevancia

La equivalencia como ilusión

3. Teorías de la finalidad

Genealogías

Holz-Mänttari

¿Quién decide?

Evaluación del paradigma

Discusiones frecuentes

Una extensión hacia el análisis de proyecto

4. Teorías descriptivistas

Genealogías:

- El formalismo ruso
- El estructuralismo en Praga, Bratislava y Leipzig
- El polisistema en Tel Aviv
- El descriptivismo en Holanda y Flandes
- Un descriptivismo europeo
- La atracción del estructuralismo
- Los desplazamientos traductivos (*translation shifts*)
 - Análisis ascendente de desplazamientos
 - Análisis descendente de desplazamientos
- ¿Sistemas de traducciones?
- Las normas como nivel de análisis
- “Supuestas traducciones” (*assumed translations*)
- La prioridad de la cultura de destino
- Los universales de la traducción
- Las leyes de tendencia
- Los “estudios de la traducción” como disciplina académica
- Evaluación del paradigma
- Discusiones frecuentes

5. Teorías indeterministas

- El principio de incertidumbre
- La indeterminación de la traducción según Quine
- La indeterminación en las teorías del lenguaje
- ¿Lingüística determinista, traducción indeterminista?
- La indeterminación cratilística en la traducción
- Vivir con la indeterminación
 - La iluminación
 - El consenso
 - El constructivismo
 - La teoría del juego
 - Teorías de la semiosis

La deconstrucción

Entonces, ¿cómo deberíamos traducir?

Discusiones frecuentes

6. Teorías de la localización

En capítulos anteriores...

¿Qué es la localización?

La internacionalización

¿Estamos realmente ante algo nuevo?

La gestión de contenido y XML: ¿acabarán con el texto?

Las memorias de traducción y las bases de datos terminológicos

La traducción en el proceso de localización

Discusiones frecuentes

El futuro de la localización

Referencias bibliográficas

Índice de temas y de nombre propios

PRESENTACIÓN

El presente libro describe muchas teorías en términos de pocos paradigmas. Así ofrece un marco a la vez pluralista y orientador para el estudio de la traducción.

Nuestro enfoque se limita a teorías occidentales, principalmente de la segunda mitad del siglo XX. Demostramos que buena parte de las teorías pueden organizarse alrededor de cinco conceptos centrales: la equivalencia, la finalidad (*Skopos*), la descripción, el indeterminismo y la localización.

El libro tiene sus raíces en un curso de Máster que impartimos por primera vez en la Monash University de Melbourne, Australia, en 2003. Hemos repetido y desarrollado los materiales cada año desde entonces, en contextos muy diversos, que van desde la formación avanzada de traductores e intérpretes en Monterey, California, a los cursos de Máster y de Doctorado que impartimos en Tarragona, España. A cada paso hemos intentado integrar las reacciones de los numerosos alumnos que hemos tenido en el transcurso de los años. Como buena parte del libro es fruto de la interacción con estudiantes, agradecemos sinceramente sus comentarios, críticas y animada participación. Huelga decir que la enseñanza de la teoría debería basarse, a nuestro juicio, en una invitación constante a la discusión, de preferencia entre alumnos, y con el profesor preparado para aprender. Intentamos extender la misma invitación en este libro, presentando por una parte una serie de datos e ideas de referencia, y reproduciendo por otra parte la naturaleza dialéctica de los debates, actuales o posibles, en las secciones “Discusiones frecuentes” que cierran la mayoría de los capítulos. Así esperamos ofrecer un libro a la vez útil para la enseñanza, estimulante para la lectura más profesional, e informativo para quien pensara que la traducción no es más que un asunto de técnicas lingüísticas.

De lo dicho queda claro que aquí no podemos ofrecer recetas para la traducción perfecta: no es éste un curso de cómo traducir. En un mundo ideal sin duda habría una

única teoría fuerte, bien fundada y desarrollada, capaz de definir no sólo un modelo de la traducción y de sus distintas modalidades, sino también un metalenguaje que permita el intercambio fácil entre los diversos campos de aplicación. A la traductología actual no le faltan teorías con dichas pretensiones. El problema es que hay *demasiadas* teorías de dicha envergadura. Es más, las teorías más sólidas suelen definirse como paradigmas independientes y separados, en el sentido de que hacen hincapié en sus diferencias respecto a teorías alternativas, normalmente consideradas como anteriores y caducas. Así, la teoría de la finalidad (*Skopostheorie*) puede pretender haber puesto fin a dos mil años de “fidelidad” ilusoria, el descriptivismo militante proclama la caducidad de todas las teorías “prescriptivas”, la pretendida ciencia de los estudios de corpus se distancia de las muchas etapas “precientíficas” de la traductología, la deconstrucción se convence de que todos los demás se han perdido por caminos “esencialistas”, y la localización simplemente habla de otras cosas. A veces los conflictos parten de simples malentendidos entre los discursos de distintos grupos, lo que sería una manera técnica de definir la frontera entre paradigmas (cf. Kuhn 1962, pero especialmente 1987). Sin embargo, los conflictos también se dan en el sentido más social de poner en juego identidades colectivas e intelectuales, a veces como si cada paradigma fuese un club de fútbol, con algo del entusiasmo y la locura colectiva que ello implica.

Con todo, nos hemos visto obligados desde el principio a entrar en múltiples terrenos ajenos, condenados a describir con mal fingida neutralidad una serie de teorías que no son forzosamente las nuestras, ni mucho menos nuestras preferidas. A la hora de negociar las dificultades que esto implica nos hemos guiado por tres principios generales que en su conjunto forman un reducido discurso metateórico:

- *Las teorías de la traducción son de una historicidad compleja.* Según una historicidad simple, cada teoría se formaría en el contexto definido por las ideas y las prácticas dominantes de una época y de una cultura. Por ejemplo, la “equivalencia” sería básicamente la “fidelidad” que siempre han declarado los traductores pero reformulada según los criterios de una época estructuralista, en que todo tenía que parecer científico. Los estudios descriptivos también obedecerían al régimen de la ciencia estructuralista, aunque esta vez desde la

perspectiva de los estudios literarios y culturales, más alejados de las necesidades de la formación de profesionales. Por su parte, el enfoque en el papel dominante de la finalidad o *Skopos* de la traducción sería el resultado de un mercado laboral que exige más que traducciones a sus traductores. La localización, por su parte, sería, en el fondo, el mismo pensamiento pero sometido a las demandas más radicales de la globalización capitalista. Y la deconstrucción sería una expresión más de la incertidumbre y pesimismo propios de la Europa bélica del siglo XX. Sin embargo, como veremos en casi todos los casos que aquí presentamos, la condición histórica de los paradigmas rara vez mantiene una correlación simple o directa ni con el contexto inmediato, ni con las grandes corrientes intelectuales de la época, ni con los diferentes avatares del mercado de la traducción profesional. En primer lugar, las teorías suelen formularse a partir de otras teorías que provienen de contextos distantes, luego se modifican según las dinámicas transformadoras del contexto inmediato, y finalmente se desarrollan con múltiples traslados a otros contextos. De esta forma, las ideas básicas suelen continuar siendo vigentes mucho después de su período de primera formulación (así, los postmodernos encuentran verdades en Schleiermacher o en Benjamin); influencias provenientes de los cambios en el mercado laboral o en las nuevas tecnologías tardan mucho en llegar a la teoría; y la institucionalización de las teorías suele hacer que se integren al contexto particular del sistema educativo que se responsabiliza de la formación de los traductores. El resultado de todo ello es una historicidad muy compleja, cuyos principios generales no son evidentes. Por esta razón, abordar la historia detallada de las teorías es tal vez la mejor manera de abrirlas al intercambio.

- *Las teorías no son mutuamente exclusivas.* Por mucho que haya malentendidos patentes entre los diversos discursos teóricos, también se producen múltiples puntos de acercamiento conceptual, a menudo ocultos bajo la confusión terminológica. Para poder identificar estos puntos es necesario analizar detalladamente los discursos teóricos: las palabras además de la historia. Así prestamos atención especial a términos como “función”, “norma”, “sistema” y por

supuesto “equivalencia”, todos los cuales varían de sentido según el marco teórico. Apuntar dichas diferencias constituye un primer paso hacia el diálogo entre los paradigmas. No pensamos ni un minuto que todo el mundo quiere decir lo mismo pese a que use las mismas palabras. La “función” de que habla la *Skopostheorie* (“uso final de un texto”) no sólo tiene poco que ver con la “función” definida por la teoría de los polisistemas (“posición central o periférica dentro de un sistema”), sino que los partidarios de la *Skopos* no tienen palabras para la “función polisistémica”, y viceversa. . Nuestra única pretensión aquí es que el trabajo metalingüístico haga posible que, desde la perspectiva de cualquier paradigma particular, se pueda al menos entender las prioridades de los otros paradigmas.

- *Los paradigmas son marcos necesarios.* Si admitimos la posibilidad de diálogo entre teorías muy distintas, entonces ¿por qué existen y sobreviven los diferentes paradigmas? ¿Por qué no simplemente esbozar la gran síntesis de todas las teorías? Cuanto más nos adentramos en la historicidad de las teorías, más importante nos parece su función institucional colectiva, su capacidad de coordinar las ideas y las instituciones de una época o de una cultura dada. Es decir, incluso cuando no hay serias diferencias conceptuales entre paradigmas (por ejemplo, entre la *Skopostheorie* y la localización), puede continuar existiendo paradigmas distintos simplemente porque su función social y socializadora lo exige. Desde esta perspectiva, nuestro objetivo principal no puede ser demoler un paradigma u otro—sería algo tan inútil como pretender deshacer el sistema universitario alemán, o la industria de la localización, o los estudios literarios, o tal vez la credulidad de quien compra una traducción. Bastaría alcanzar cierta comprensión de cómo cada teoría ejerce una función social.

De estos principios se desprende que nuestra visión tiene que ser más histórica y descriptiva que simplemente evaluadora. Por mucho que presentamos al final de cada capítulo una lista de “puntos fuertes” y “puntos de discusión” (que en otro contexto podrían ser “puntos débiles”), no nos proponemos pronunciar cuál de los paradigmas será

el ganador. Sin duda hay teorías buenas y teorías menos buenas, pero estas evaluaciones sólo tendrán sentido en el contexto de los proyectos de formación o de investigación en que se intentan solucionar problemas particulares. La teoría adecuada será, en cada caso individual, la que mejores soluciones permita. Aquí nos limitamos a indicar los campos generales en que nos parece que cada paradigma sí que tiene su utilidad y eficacia.

De la dialéctica de las tres hipótesis también se desprende hasta qué punto no concedemos a los paradigmas una naturaleza sistémica o monolítica. Cuando un paradigma se forma por razones de cohesión social, no tiene por qué alcanzar un alto desarrollo ideológico sin contradicciones internas. Incluso puede haber enormes faltas de cohesión lógica, tal y como nos parece que es el caso de los paradigmas de la equivalencia y de la localización. Así estamos dispuestos a destacar los aspectos más bien fragmentarios de los paradigmas. Esperamos que quede evidente que uno no tiene por qué suscribirse a un solo paradigma y olvidarse de los demás, como si de un club de fútbol se tratara. Los paradigmas del futuro se pueden componer de fragmentos ocultos o incluso descartados de las teorías actuales.

Nuestra investigación ha pasado por la lectura o relectura de muchos textos sobre la traducción. A veces nos han sorprendido las cualidades muy positivas de ciertas teorías que no han tenido todo el éxito histórico que merecen (pensamos por ejemplo en el caso de Kade dentro del paradigma de la equivalencia, o en la teoría de la relevancia de Gutt). En otras ocasiones hemos sobrepasado los límites históricos de la investigación, sobre todo a la hora de preguntarnos si hay teorías que nos permiten a la vez aceptar el indeterminismo del sentido y pretender comunicar algo (nos remontamos a Agustín y a Locke, y más allá). Es desde el propio cuestionamiento de los paradigmas, y no en función de su éxito aparente, que hemos seleccionado las teorías. El resultado puede irritar a lectores que buscan comentarios sobre sus teorías preferidas, y que hubieran dado más cabida a las teorías en lengua española, por ejemplo. Por nuestra parte, no pretendemos presentar ni un *hit parade*, ni un catálogo completo de todas las teorías, ni mucho menos un inventario nacional.

A veces hemos recurrido a varios trabajos que han preparado el terreno. El libro *Contemporary Translation Theories* de Edwin Gentzler ya tiene sus años (la primera versión fue de 1993, la segunda de 2001) pero sigue siendo muy actual en sus intentos de

integrar el deconstruccionismo. En otras ocasiones hemos consultado el excelente *Dictionary of Translation Studies* de Mark Shuttleworth y Moira Cowie (1997), así como el libro *Introducing Translation Studies* de Jeremy Munday (2001), que en algunos casos elabora los datos de Shuttleworth. Sin embargo, la naturaleza de nuestra investigación tiene más que ver con los pocos trabajos que intentan confrontar y comparar teóricos de diversos paradigmas. Pensamos en Browlie (1993), que pregunta si Berman y Toury podrían traducirse entre ellos, o en Koskinen (2000) que busca (y no encuentra) una lógica postmoderna que reuniera los trabajos de Venuti y de Pym, o en Simeoni (2008) que compara Toury con Bourdieu sobre el terreno de la categoría del estado político. Como en estos antecesores, nuestro trabajo se desarrolla dentro de las fronteras entre paradigmas, en los territorios propios de las interculturales intelectuales.

AGRADECIMIENTOS

Este libro ha sido elaborado en el marco del Grupo de Investigaciones Interculturales de la Universitat Rovira i Virgili. Agradecemos al equipo de traductoras que han participado en la localización de este texto del inglés al español: Noelia Jiménez, Maia Figueroa, Esther Torres, Marta Quejido, Anna Sedano y Ana Guerberof. Nuestros agradecimientos especiales van a Humberto Burcet y Esther Torres, a quienes hemos sometido a varias revisiones posteriores de las traducciones. Las modificaciones han sido tan repetidas y extensas que las erratas que quedan son enteramente la responsabilidad del autor.

CAPÍTULO 1

¿Qué son las teorías de la traducción?

Los traductores teorizan constantemente. Cuando identifican un problema, normalmente han de escoger entre una serie de posibles soluciones (por eso se puede hablar de “problema”), y dicho proceso necesita cierta capacidad de ver lo que pasa (el término teoría viene probablemente del griego *theā*, vista + *-horan*, ver—el que teoriza contempla una vista). O sea, para poder solucionar el problema, el traductor tiene que ver, en el contexto comunicativo, algo que le permita seleccionar una solución y descartar otras.

Supongamos que se tiene que traducir el término inglés *Tory*, empleado en Gran Bretaña para designar al partido conservador. Según la situación, se podrían considerar varias soluciones: usar el término en inglés e insertar información complementaria para explicarlo; añadir una nota al pie; utilizar “Partido Conservador” como traducción literal de *Conservative Party*; emplear el nombre del partido que ocupa el mismo lugar en el espectro político de la cultura de destino (¿cuál sería?); o sencillamente eliminar el término problemático (sí, la omisión es una estrategia traductora). Todas estas opciones podrían ser legítimas según de qué texto se trate, cuál sea su finalidad, quién sea el cliente, y de cuánto tiempo se disponga. Formular las opciones (*generar* posibles traducciones) y elegir entre ellas (*seleccionar* una traducción definitiva) es una operación difícil y compleja. No obstante, eso es precisamente lo que hacen los traductores constantemente en décimas de segundo. Eligiendo unas opciones y descartando otras, el traductor construye un pequeño teatro interior donde actúan una serie de ideas sobre qué es la traducción y cómo se debe traducir. Está, por tanto, teorizando (*teatro* también viene

del griego *theā* – teorizar la solución significa actuar en el teatro de las ideas). Y los traductores lo hacen continuamente, como parte de su práctica habitual. Es una actividad privada, íntima, secreta: los traductores no suelen confesar sus dudas personales. Sin embargo, la teorización no tiene la misma naturaleza que las teorías, que sí que suelen ser públicas y declaradas.

Este teorizar empieza a hacerse público cuando los traductores comentan su trabajo, cuando teorizan en voz alta, ocasionalmente cuando hablan con otros traductores o con clientes, a veces con compañeros de estudios o profesores, y a menudo consigo mismos. Normalmente, para hablar de estas cuestiones se emplean ciertos términos de índole técnico. Por ejemplo, aquí denominaremos “texto de origen” (TO) a aquel a partir del cual se traduce, y “texto de destino” (TD) a la traducción producida. Por extensión, podemos hablar también de “lengua de origen” y “lengua de destino”, o “cultura de origen” y “cultura de destino”. La “traducción” se entendería pues, en un sentido amplio, como un conjunto de procesos que van de un lado a otro.

Al utilizar esos términos, ¿estamos ya empleando una teoría concreta? Probablemente no, al menos no en el sentido de tener una teoría explícita y defenderla. Aún así, la nomenclatura tiende a concordar con ciertos modelos de traducción, y dichos modelos esconden principios rectores. Por ejemplo, no hay razón particular por la que nuestros términos tienen que reducir la traducción a un asunto que implica únicamente dos lados (“origen” y “destino”), ya que cada texto de origen tiene su origen en otro (valga la redundancia). En principio, todos los textos contienen elementos provenientes de más de un idioma y más de una cultura. Por su parte, el texto de destino es sólo un vínculo que enlazará con otras finalidades y aspiraciones, posiblemente con otras traducciones.. Además, si unimos los conceptos de “origen” y “destino” con la idea de traducir como “trasladar”, veremos que nuestros términos componen una imagen marcadamente *espacial*, en la que nuestras acciones sencillamente nos llevan de un sitio a otro. Sin embargo, ¿por qué hablar del espacio y no del tiempo?

Comparemos este modelo con el término *anuvad*, una de las palabras que tiene la lengua sánscrita para designar la traducción. *Anuvad* significa básicamente “repetir” o “decir después” (nuestro agradecimiento a Harish Trivedi por este ejemplo). Según ese término, la diferencia principal entre un texto y el otro podría no estar en el espacio, sino

en el tiempo. La traducción podría concebirse entonces como un proceso de actualización y elaboración constante, más que como una especie de movimiento físico entre culturas. En ese sentido, las nomenclaturas forman modelos, y esos modelos se convierten en teorías en el momento en que alguien nos dice qué debe suceder o qué se puede esperar que suceda en una traducción. Es decir, los términos de apariencia más inocente pueden encerrar maneras de teorizar, pese a que en la mayoría de los casos no seamos conscientes de ellas.

Esto no significa que las teorizaciones privadas acaben siempre convirtiéndose en teorías públicas. Cuando los traductores conversan entre ellos, en la mayoría de los casos aceptan los términos comunes sin discutirlos demasiado. Los errores claros se corrigen con bastante rapidez, ya sea recurriendo al uso, al conocimiento lingüístico o al sentido común. Por ejemplo, se podría corregir a un traductor que identifica el término *Tory* con la izquierda política. El debate subsiguiente podría ser interesante (para algunos), pero no necesitaría valerse de la teoría de la traducción (tal vez sí de la teoría de la política, pero no de ideas sobre traducción). Las teorías privadas tienden a convertirse en públicas sólo cuando se dan *desacuerdos* acerca de distintas *maneras de solucionar problemas*. Si varios traductores proponen diferentes maneras de traducir el término *Tory*, uno de ellos podría aducir que “la traducción debe explicar la cultura de origen” (y por lo tanto se debe emplear el término en inglés y añadir una nota al pie), otro podría decir que “la traducción debe hacer las cosas comprensibles a la cultura de destino” (y por lo tanto se debe traducirlo como “el principal partido de derechas”), un tercero podría considerar que “la traducción debe resituar todos los elementos en la cultura de destino” (y por lo tanto se tendría que emplear el nombre de un partido de derechas de la cultura de destino), y un cuarto, tal vez el más práctico y visionario, podría tal vez insistir en que, puesto que el texto de origen no trata principalmente de política, no hay necesidad de perder el tiempo con un detalle metafórico ornamental (y por lo tanto se debe eliminar con toda tranquilidad cualquier referencia al término).

Cuando tiene lugar ese tipo de debate, la práctica de la teorización lleva a conformar teorías explícitas. Las discusiones se dan ya no sólo entre traductores, sino entre diferentes posturas teóricas. A veces los intercambios llevan más hacia un lado que hacia el otro, y dos posturas inicialmente opuestas descubren que son compatibles dentro

de una teoría más amplia. No obstante, los traductores con frecuencia se mantienen en su postura y siguen discutiendo sin concesiones. Se trata de algo más que de teorizar en voz alta.

LOS PARADIGMAS DE TEORÍAS

A medida que la teorización genera teorías, algunas de ellas desarrollan nombres y explicaciones para multitud de aspectos de la traducción, incluidas palabras para denominar los errores aparentes de las demás teorías. Cuando se llega a esa fase, se puede hablar con legitimidad de diferentes “paradigmas”, entendidos como conjuntos de principios que subyacen a diferentes grupos de teorías (remitimos al sentido general elaborado por Kuhn 1962). Esto ocurre particularmente cuando encontramos ideas, relaciones y principios generales entre los que existe una coherencia interna y un punto de partida común. Por ejemplo, un conjunto de teorías comparte los términos “origen”, “destino” y “equivalencia”. Todas ellas están de acuerdo en que “equivalencia” se refiere a una relación sustancial entre el “origen” y el “destino”; su punto de partida común es la comparación de los textos de origen con los textos de destino. Las personas que emplean las diferentes teorías de la equivalencia pueden entenderse bastante fácilmente, ya que comparten las mismas ideas generales sobre la finalidad y naturaleza de la traducción. Incluso pueden alcanzar cierto consenso acerca de la existencia de varios tipos de equivalencia. Se trata de personas que teorizan dentro del mismo paradigma.

Por otro lado, como hemos dicho, hay traductores, críticos y estudiosos que discuten sobre cómo resolver problemas de traducción sin llegar nunca a ponerse de acuerdo. Lo más probable en tal caso es que se trate de personas que trabajan dentro de distintos paradigmas, que partan de diferentes premisas. Por ejemplo, un tipo de análisis se basa en comparar traducciones con textos que no lo son (ambos textos en el mismo idioma). Las personas que se dedican a ello extraen resultados que son de interés para la psicolingüística y la economía lingüística (el lenguaje que se emplea en traducciones es diferente del que se produce en las no traducciones). Pero ese hecho puede parecerle prácticamente irrelevante a alguien que trabaje dentro del paradigma de la equivalencia. Si el lenguaje de las traducciones es especial, si no sigue todas las pautas de la lengua de

llegada, el teórico de la equivalencia aún puede argumentar con toda tranquilidad que no *debería* ser especial. La discusión puede continuar indefinidamente sin que ninguna de las partes llegue a entender sustancialmente el propósito de la otra, o para ser más exactos, sin que nadie perciba el interés práctico del otro punto de vista. En este caso, los paradigmas entran en contradicción (cf. Kuhn 1987). Puede producirse tensión (debate sin resolución), revolución (un paradigma acaba por imponerse), o silencio (dos maneras de teorizar en paralelo).

CÓMO ESTÁ ORGANIZADO ESTE LIBRO

Nuestro viaje se estructura en torno a paradigmas y no a teorías, teóricos o escuelas individuales. Examinaremos los paradigmas basados en la equivalencia, la finalidad, la descripción, la indeterminación y la localización. El orden en que aparecen dichos paradigmas es en parte cronológico, desde los años sesenta hasta el presente. Esto no quiere decir, no obstante, que las teorías más recientes hayan sustituido automáticamente a las precedentes.

Por supuesto, las teorías pueden mejorarse, redefinirse o precisar sus descripciones y predicciones, de acuerdo con la acumulación cronológica de conocimientos. Así las nuevas teorías tratan de acomodar y explicar las perspectivas de las teorías precedentes. Tal es, por ejemplo, el caso de la *Skopostheorie* germana, que acepta el paradigma precedente de la equivalencia como apropiado en algunos casos especiales. Sin embargo, ese tipo de acumulación de conocimientos no se encuentra en el paradigma indeterminista (que incluye la deconstrucción), ya que consideraría como esencialismos indefendibles tanto el paradigma de la equivalencia como el del *Skopos* o finalidad. De manera similar, las teorías feministas o marxistas, basadas a menudo en la identidad social del traductor, no se sienten obligadas a acomodar paradigmas alternativos que, sencillamente, no se preocupan por el traductor como agente social (de hecho, incluso se podría argumentar que esas alternativas reprimen activamente la identidad social del traductor). En esos casos, sí que podemos hablar de paradigmas muy distintos, sin necesidad de intentar encajar uno dentro de otro o buscar alguna acumulación de conocimientos. Los paradigmas serían diferentes incluso en cuestiones

fundamentales acerca de qué es la traducción, en qué se puede convertir, y cómo debería un traductor actuar en el mundo. Cuando tales paradigmas se enfrentan, incluso la palabra “traducción” se utiliza para referirse a fenómenos diferentes. Entonces el debate suele hacerse eterno e improductivo, a no ser que uno de los participantes trate de superar su paradigma inicial. Sólo entonces, cuando alguien intenta de verdad comprender una nueva perspectiva, puede producirse un intercambio productivo.

En suma, ¿han sustituido las nuevas teorías a las teorías precedentes? En absoluto. Todos los paradigmas siguen funcionando, hasta cierto punto, en contextos profesionales o académicos actuales. Todos merecen ser objeto de un estudio general.

¿POR QUÉ ESTUDIAR LAS TEORÍAS DE LA TRADUCCIÓN?

Los profesores suelen suponer que el traductor que conoce las teorías de la traducción traducirá mejor que otro que no sabe nada acerca de ellas. Por desgracia, no existen pruebas empíricas que demuestren que sea así y además existen buenas razones para dudar de que tal afirmación sea válida. Como hemos dicho, todos los traductores teorizan, no sólo los que expresan sus teorías en términos técnicos. Los traductores sin formación son tal vez más rápidos y más eficientes porque saben menos de teorías complejas, y por lo tanto tienen menos dudas y pierden menos tiempo reflexionando sobre cuestiones obvias. Por otro lado, puede ser útil desde el punto de vista práctico tener cierto conocimiento de las diferentes teorías a la hora de enfrentarse a problemas para los que no existen soluciones establecidas. Cuando hay que ser creativo, las ideas suelen estimular la mente; las teorías pueden plantear preguntas productivas y en ocasiones proporcionar respuestas no obvias. Asimismo, las teorías pueden ser agentes de cambio, especialmente cuando se trasladan de una cultura profesional a otra, o cuando se formulan con el propósito de poner a prueba el pensamiento endémico (piénsese en la idea del sánscrito de traducir como “decir después”). Es más, ciertas teorías pueden ayudar a los traductores a mejorar la imagen que tienen de sí mismos como profesionales y así a transformar el trabajo lingüístico en una carrera gratificante.

Lo que tratamos de defender aquí son las ventajas prácticas de la pluralidad de paradigmas. En lugar de defender un paradigma frente a todos los demás, nos interesa

promover la consciencia de que existen muchas maneras de abordar la traducción, y todas ellas pueden resultar útiles o estimulantes en un momento dado.

Conocer varias teorías debería ayudarnos de diversas maneras. Las teorías suponen unos recursos muy valiosos para los traductores, no sólo para defender sus posturas, sino también porque les permiten descubrir otras. Si un cliente se queja de que el término *Tory* no aparece en la traducción, el traductor puede alegar que ha recurrido a una “correspondencia compensatoria” al comparar al partido británico con un partido político de la cultura de destino dos páginas después. Cuantos más términos e ideas conozcan el traductor y el cliente, mejor podrán valorar las posibilidades de la traducción.

Tener cierto conocimiento sobre las distintas teorías debería también ser de ayuda en el proceso mismo de la traducción. Al comienzo de este capítulo hemos presentado nuestra propia teoría de la traducción: el traductor identifica un problema, genera posibles soluciones y selecciona una de entre ellas. Ese es nuestro modelo (una forma de nombrar las cosas e interrelacionarlas); no es una verdad trascendente. Según el modelo, conocer diversas teorías puede abrir la mente del traductor a una más amplia gama de posibles soluciones. A la hora de seleccionar, las teorías también pueden proporcionar una serie de razones para elegir una solución y descartar otras, así como para defender dicha solución cuando sea necesario. Algunas teorías son aptas para generar soluciones porque critican las opciones más obvias y nos obligan a considerar otros factores. Este sería el caso de las perspectivas descriptivas o deconstructivistas. Otro tipo de teorías son necesarias en el momento de seleccionar una solución, cuando hay que tomar decisiones y escoger entre las alternativas disponibles. Es ahí donde las reflexiones sobre la ética y la finalidad fundamental de la traducción aportan pautas. Desafortunadamente, este segundo tipo de teorías, que deberían elaborar razones para decantarse por una u otra solución, han dejado de estar de moda en algunos círculos intelectuales. Hoy en día sabemos bastante sobre cómo generar soluciones alternativas, y relativamente poco sobre cómo o por qué quedarnos con sólo una de ellas. Es por ello que nos permitimos la pluralidad, tanto en la *generación* de posibilidades como respecto a la *selección* de las mismas, para intentar restablecer cierto equilibrio.

CAPÍTULO 2

Teorías de la equivalencia

El término *equivalencia* se convirtió en un rasgo común de muchas teorías de la traducción, en varias lenguas europeas, durante la segunda mitad del siglo XX. Su apogeo tuvo lugar durante los años sesenta y setenta, particularmente dentro del marco de la lingüística estructuralista. En líneas generales, la equivalencia presupone que un texto de origen y un texto de llegada pueden tener el mismo valor a cierto nivel y respecto a ciertos fragmentos, y que este valor se puede expresar de más de un modo (si no fuese así, no habría problema sobre qué teorizar). Es más, la incorporación de este supuesto valor compartido es lo que diferencia a una traducción del resto de textos posibles. Dentro de ese paradigma, hablar de traducciones diferentes implica hablar de distintos tipos de equivalencia. Sin embargo, el paradigma de la equivalencia ha llegado a considerarse ingenuo o limitado en su planteamiento. Mary Snell-Hornby, por ejemplo, rechaza el concepto de la equivalencia porque, según ella, presenta “una ilusión de simetría entre lenguas, simetría que difícilmente existe más allá del nivel de las aproximaciones vagas y que distorsiona los problemas básicos de la traducción” (1988: 22).

Nosotros creemos que el paradigma de la equivalencia era y sigue siendo mucho más rico de lo que sugieren tales rechazos simplistas. El metalenguaje de la equivalencia merece un lugar digno en cualquier estudio de las teorías contemporáneas, al lado de los paradigmas más recientes e incluso dentro de ellos. Aquí pretendemos mostrar que las teorías de la equivalencia de hecho comprenden dos conceptos parcialmente opuestos: el

de la equivalencia “natural”, y el de la equivalencia “direccional”. La dualidad entrelazada de estos conceptos ha dado lugar a abundantes sutilezas tanto en teorías antiguas como actuales, así como a constantes confusiones, ya no en las teorías mismas, sino en las críticas de la equivalencia.

Al mismo tiempo, reconocemos sin reparos que el paradigma de la equivalencia es profundamente histórico. La noción de “igual valor” presupone que diferentes idiomas expresan o *pueden* expresar lo mismo. Esa supuesta igualdad potencial tal vez fuese posible entre el griego clásico y el latín, permitiendo así que Cicerón (46 a.C.: V.14: 38/39), apoyándose en Horacio, concibiera la traducción en términos de dos estrategias distintas pero comparables: se puede traducir con la fidelidad del intérprete literal (*ut interpres*) o con la creatividad del orador (*ut orator*), lo que necesariamente parte de la idea de que ciertos valores permanecen comunes a las dos traducciones resultantes, incluso cuando se hayan modificado las formas (como habría hecho el orador). He aquí una conceptualización fundamental de la equivalencia, aunque Cicerón no empleara el término: la traducción puede realizarse de manera A o de manera B, y en ambos casos el resultado será una traducción válida, con valores compartidos a cierto nivel. Vista así, la equivalencia es bastante más complicada que la simple “ilusión de simetría entre las lenguas” de la que habla Snell-Hornby, aunque sí tenga relación con esta: el enfoque de Cicerón presupone una igualdad de potencial expresivo entre los idiomas (el latín puede expresar lo que se dice en griego, y de dos maneras diferentes). Sin embargo, esa particular creencia en un potencial similar se dio en Europa sólo en raras ocasiones antes del Renacimiento. La jerarquía medieval de las lenguas normalmente llevaba a concebir la traducción como un medio para enriquecer el idioma de destino con los valores de un idioma de origen superior. La mayoría de las veces se traducían textos partiendo de los idiomas que ocupaban las posiciones más altas en la jerarquía: del hebreo o el griego al latín, del latín a las lenguas vernáculas. Mientras duró esta jerarquía de valores, la noción de la equivalencia apenas tuvo importancia en las consideraciones sobre la traducción.

La geometría conceptual de la equivalencia sería más evidente después de la aparición de la imprenta. La impresión constató la existencia de un texto de origen fijo del que una traducción pudiera ser el equivalente. Antes de que se usara la imprenta, los textos solían modificarse y a menudo adaptarse durante el proceso de copia manual de

forma que la traducción era a menudo una extensión de dicho proceso de adaptación progresiva. Cuando estas modificaciones constantes desaparecieron, la imprenta y la subsiguiente estandarización de las lenguas vernáculas facilitaron la conceptualización de la equivalencia, aunque no se empleara todavía el término (se hablaba habitualmente de “fidelidad” al significado, a la intención o a la función). Según el mismo proceso lógico, la desaparición de la equivalencia como concepto dominante podría corresponder con el uso de las tecnologías electrónicas mediante las cuales los textos contemporáneos están en continua evolución, ante todo por la práctica de la reutilización de textos (como en los sitios web, el software y los manuales). Sin un texto de origen fijo, ¿a qué debería ser equivalente una traducción? Nos reservamos la respuesta para el final.

LA EQUIVALENCIA COMO CONCEPTO

Al discutir sobre la equivalencia, normalmente se mencionan los típicos malentendidos entre culturas. Por ejemplo, en la cultura anglosajona, el viernes 13 es un día asociado con la mala suerte, con lo que para traducir la expresión *Friday the 13th*, se debería saber con exactitud qué tipo de información es necesario dar. Si el texto se refiere a un día cualquiera del calendario, se podría traducir *Friday* como *viernes*. En cambio, si habla de supersticiones o mala suerte, es probable que sea preferible traducir *Friday the 13th* como *martes y 13*. Hay un sinnúmero de ejemplos como este. Por ejemplo, el color para expresar el luto es el negro en Occidente, pero en la mayor parte de Oriente es el blanco. Asentir con la cabeza en cualquier país europeo es equivalente a decir que sí, pero en Turquía puede expresar desacuerdo. Todo esto puede resultar muy evidente, pero comprender estas diferencias es una parte esencial de la traducción.

El concepto de equivalencia está detrás de estos ejemplos. La equivalencia, como hemos visto, dice que la traducción tiene el mismo valor que el texto de origen, o al menos algún aspecto de dicho texto. A veces ese valor se encuentra a nivel formal (dos palabras se traducen por dos palabras); a veces se halla a nivel referencial (el viernes es siempre el día anterior al sábado); y otras veces a nivel funcional (la mala suerte en inglés se asocia con el viernes mientras que en español está ligada al martes). Es por ello que las dos maneras de traducir que mencionaba Cicerón se pueden considerar una concepción

básica de la equivalencia. La teoría de la equivalencia no especifica qué valor se mantiene en cada caso; únicamente defiende que se puede conseguir que un mismo valor se manifieste a algún nivel.

La equivalencia es una idea muy sencilla. Por desgracia, se puede llegar a complicar mucho en sus aplicaciones. Por ejemplo, en los países de habla inglesa se emitía un concurso de televisión muy popular llamado *The Price is Right*; en español se importó el formato y se llamó *El precio justo*; y en francés vino a llamarse *Le juste prix*. La equivalencia aquí no está presente a nivel formal, ya que se pierde la rima del original y las cuatro palabras inglesas dan lugar a tres palabras en las traducciones. No obstante, se puede afirmar que estas frases son hasta cierto punto equivalentes a nivel referencial o funcional. En alemán, al concurso se le dio el nombre *Der Preiss ist heiss*, traducción que introduce cambios semánticos, ya que literalmente significa “El precio está caliente” (se trata de un uso metafórico de *caliente* como el que se da cuando los niños juegan a acertar dónde se esconde un objeto mientras los demás dicen *caliente, caliente* o *frío, frío* para indicarles que se acercan o se alejan de él). Claro que esta traducción introduce cambios semánticos, pero conserva la rima y el sentido del juego, o del jugar en general, que bien podría ser lo más importante aquí.

Si se empieza a buscar ejemplos como este y se intenta determinar qué se ha mantenido y qué ha cambiado, enseguida se comprueba que una traducción puede ser equivalente a muchas cosas. Por ejemplo, en el concurso *¿Quién quiere ser millonario?*, basado en la versión británica *Who wants to be a millionaire?*, los concursantes tienen una serie de *lifelines* en inglés (cuerdas de salvamento), *jokers* en francés y alemán (comodines), y *comodines* en español. Por mucho que las imágenes y metáforas sean diferentes, todas tienen algo en común. Pero ¿qué es este valor común exactamente? ¿Cómo un análisis lingüístico podría convertir *lifeline* en *comodín*? Parece que las simetrías exactas no cuentan aquí, a pesar de las críticas de Snell-Hornby. De hecho, si la equivalencia fuese cuestión de valores exactos, ¿cómo es que la referencia a *millionaire* se mantiene incluso cuando la moneda del país hace que las cantidades sean diferentes? Dado que el formato del concurso es originario de Gran Bretaña, quizá sería necesario convertir las libras a euros o dólares. El resultado sería *Who wants to win \$1,867,500?* en

Estados Unidos. El juego daría más dinero, pero sin duda tendría menos gancho. Esto hace sospechar que la equivalencia nunca ha sido una cuestión de valores exactos.

EQUIVALENCIA VS. LENGUA

En la segunda mitad del siglo XX los teóricos de la traducción se enfrentaron a este problema principalmente en el marco de la lingüística estructuralista. Desde Wilhem von Humboldt hasta Edward Sapir y Benjamin Whorf, una línea de pensamiento argumentaba que las distintas lenguas expresan diferentes maneras de ver el mundo. Un paso más y llegamos al lingüista suizo Ferdinand de Saussure, que a principios del siglo XX explicó que las lenguas son sistemas cuyos significados se sustentan solamente en la oposición entre los términos. Por ejemplo, la palabra *sheep* (cordero) tiene un valor concreto en inglés porque no designa a una vaca (*cow*) pero también porque no se refiere a *mutton*, que es la carne y no el animal (la diferencia entre los nombres de los animales y los de su carne es bastante sistemática en inglés) (Saussure 1916: 115). En francés y en español, sin embargo, hay una palabra (*mouton*, *cordero*) que designa tanto al animal como a la carne. Aquí sí que tenemos una falta de simetría entre las lenguas.

Estas redes de relaciones entre términos se consideran diferentes “estructuras” y las lenguas son entonces conjuntos de dichas estructuras (y por lo tanto *sistemas*). El estructuralismo postulaba que debían estudiarse esas relaciones en lugar de tratar de analizar las cosas mismas: no hay que estudiar al cordero en sí, basta con prestar atención a las relaciones entre los elementos, las estructuras, que son lo que dota al lenguaje de significado. Según la lingüística estructuralista, se podría concluir que las palabras *sheep* y *mouton* tienen valores muy distintos. Por lo tanto, emplear uno como traducción del otro no garantiza que la traducción sea precisa. De hecho, puesto que los distintos idiomas dividen el mundo de formas muy diferentes, ninguna palabra debería ser completamente traducible fuera del sistema de su lengua. La traducción entre lenguas sería, por tanto, imposible.

Ese tipo de lingüística resulta de muy poca ayuda a quienes intentan traducir concursos de televisión, y tampoco ayuda a quienes tratan de comprender el proceso de la traducción. Por lo tanto, deducimos que debe de haber algún problema con la lingüística

estructuralista. Como argumentaba el traductólogo francés Georges Mounin a principios de los años sesenta: “si se aceptan las tesis actuales sobre las estructuras léxicas, morfológicas y sintácticas, no queda más remedio que concluir que la traducción es imposible. Sin embargo, los traductores existen, producen, y sus productos son de utilidad” (1963: 5). O bien la traducción no existe realmente, o bien las teorías lingüísticas son inadecuadas. Es en ese punto cuando las principales teorías de la equivalencia empezaron a desarrollarse para tratar de explicar algo que la lingüística del momento no podía o no quería explicar.

Consideremos la clase de argumentos que podrían usarse respecto a nuestro ejemplo. Alguien podría aducir que todo el sistema de la cultura española (no sólo el idioma) dota de un significado a la expresión *martes y 13*, que ningún sistema inglés podría reproducir jamás. Los angloparlantes no sabrán de este significado porque no saben que “Martes y 13” es el nombre artístico de una pareja de humoristas de televisión muy conocida en España. ¿Qué podríamos decir ante esto? ¿Y qué podríamos decir a los polacos que afirmaban que, puesto que la leche que ellos compraban había que hervirla antes de poder beberla, no podría traducirse nunca al inglés con el término normal *milk*? Es más, si tomamos la perspectiva estructuralista y la llevamos al límite, nunca estaremos seguros de entender nada que esté fuera de nuestros propios sistemas lingüísticos y culturales, y mucho menos *traducir* lo poco que entendemos. ¿O acaso está más justificado creer, como defienden las teorías estructuralistas, que todas las personas dentro de un sistema lingüístico o cultural entienden todas las relaciones que se establecen en torno a ellos?

En este momento entran en juego las teorías de la equivalencia. He aquí algunos de los argumentos empleados para abordar el conjunto de problemas mencionados:

- En el ámbito de la lingüística se prestó atención al problema del “sentido”. Saussure había establecido una distinción entre el “valor” que tiene una palabra (con relación al sistema del lenguaje) y su “significación” (que tiene en el uso concreto). Consideremos el ejemplo famoso del ajedrez: el *valor* del caballo es la suma de todos los movimientos que puede hacer, mientras que la *significación* de un caballo en concreto depende de la posición que ocupe en el tablero en un

momento dado. Por tanto, el valor depende del sistema, que Saussure denominó *langue* (lengua), mientras que la significación depende del uso concreto, que Saussure denominó *parole* (habla). Para algunos teóricos, como Coseriu, podría trazarse una correspondencia entre esos términos y la distinción en alemán entre *Sinn* (significado estable) y *Bedeutung* (significado momentáneo, significación). Si una traducción no puede reproducir el primero, podría tal vez transmitir el segundo. En español, por ejemplo, no hay palabra equivalente al vocablo inglés *shallow* tal como aparece en la expresión *shallow water*. No obstante, su significación se puede transmitir empleando dos palabras: *poco profundo* (cf. Coseriu 1978). Así queda demostrado que, aunque las estructuras de ambos idiomas sean diferentes, es posible establecer cierta equivalencia.

- Algunos teóricos de la traducción estudiaron en más profundidad el uso del lenguaje (*habla*) que el del sistema (*lengua*). Saussure había afirmado que el *habla* no podía estudiarse sistemáticamente, pero los teóricos como el suizo-alemán Werner Koller (1979) desoyeron su advertencia: argumentó que la lingüística contrastiva tenía que analizar las diferencias entre los sistemas, mientras la traductología (*Übersetzungswissenschaft*) analizaba las equivalencias entre las expresiones, en el uso real de los idiomas. Diferentes ciencias tendrían objetos de estudio distintos. Es más, si la posibilidad de la equivalencia se podía demostrar y analizar, implicaba que tenía que haber otros sistemas más allá del concepto de *lengua* de Saussure.
- Otros teóricos hicieron hincapié en que los traductores no trabajan con palabras aisladas sino con textos, que tienen muchos niveles lingüísticos. El lingüista John Catford (1965) señaló que la equivalencia no tiene por qué darse en todos estos niveles al mismo tiempo; podría delimitarse por categorías. Así se podría buscar la equivalencia a nivel fonético, léxico, fraseológico, oracional, semántico, etcétera. Catford observó que la traducción opera sobre todo en uno o varios de estos niveles, con lo que “a lo largo de un texto, la equivalencia puede subir y bajar en la escala de categorías” (1965: 76). Se trata de una teoría integral y dinámica de la

equivalencia, que no tiene por qué contradecir las asimetrías estructurales entre las lenguas.

- Una perspectiva relacionada con esta última, más en el ámbito de la semántica léxica, consiste en enumerar todas las funciones y valores asociados con un elemento del texto de origen y a continuación ver cuántos de ellos se encuentran en el texto de destino. Según este tipo de análisis componencial, se puede describir el término francés *mouton* como “+ animal + carne – carne joven (*agneau*)”, el *mutton* inglés como “+ carne – carne joven (*lamb*)”, y *sheep* como “+ animal”. Al traducir se tomarían las decisiones de acuerdo con los componentes activos en un texto de origen particular. En la misma línea, Bascom (2007) analiza los componentes del término inglés *key* y su equivalente potencial *llave* como sigue:

Wrench	Llave (inglesa)
Faucet	Llave (grifo)
Key	Llave (de casa)
Piano key	Tecla de piano
Computer key	Tecla de ordenador
Key of a code	Clave de un código
Key of music	Clave de música

Según este análisis, el término *llave* sólo cubriría el sentido “instrumento para dar la vuelta”, mientras *clave* sólo corresponde a *key* cuando se trata de un uso abstracto o metafórico. Queda claro que dicha distinción no se hace en inglés. Podemos ir más lejos: por ejemplo, *lifeline* se deja analizar como “+ metáfora divertida + sistema de resolver un problema gracias a la suerte más que a la inteligencia + algo sin garantías de éxito + necesidad de recurrir a la ayuda externa + náutico”. Así veríamos que las traducciones *joker* y *comodín* reproducen al menos tres de los cinco componentes, y por tanto serían equivalentes a esos

niveles. No obstante, no se puede garantizar que distintas personas identifiquen exactamente los mismos componentes.

Aunque todas estas ideas siguen siendo problemáticas en cierta medida, todas ellas implican que puede existir una relación de equivalencia. Defienden por tanto la existencia de la traducción frente a la lingüística estructuralista y, por tanto, no deberían menospreciarse.

EQUIVALENCIA NATURAL Y EQUIVALENCIA DIRECCIONAL

Esa recopilación de ideas formó la base del paradigma de la equivalencia. Desde ese momento, a finales de los años cincuenta, la mayoría de las definiciones de la traducción se han referido a la equivalencia de un modo u otro, especialmente dentro del campo de la lingüística aplicada. He aquí algunas de las primeras definiciones (las cursivas son nuestras):

La traducción entre lenguas puede definirse como la *sustitución* de los elementos de un idioma, el campo [*domain*] traductivo, por *elementos equivalentes* de otro idioma, la gama [*range*] traductiva. (A. G. Oettinger 1960: 110)

La traducción podría definirse de la siguiente manera: la *sustitución* del material textual en un idioma por *material equivalente* en otro idioma. (Catford 1965: 20)

Traducir consiste en *reproducir* en la lengua meta el *equivalente natural más próximo* al mensaje de la lengua de origen. (Nida and Taber 1969: 12; cf. Nida 1959: 33)

[La traducción] *lleva* de un texto de origen a un texto de destino, que es *el equivalente lo más próximo posible* y presupone una comprensión del contenido y el estilo del original. (Wilss 1982: 62)

En otros libros pueden encontrarse muchas definiciones semejantes (cf. Koller 1979: 109-111, 186; 1992: 89-92; comentadas en Pym 1992, 2004: 57-59). Estas definiciones parecen describir lo que sucede con ejemplos como los nombres de concursos de televisión: se va de un idioma al otro y el resultado es una traducción, siempre y cuando se establezca una relación de equivalencia a algún nivel.

Examinemos de cerca las definiciones. En todos los casos, el término *equivalente* sólo describe un lado: el lado de destino. Los procesos (*sustituir, reproducir, llevar*), por su parte, son profundamente *direccionales*: parece que la traducción va de un lado al otro, pero no regresa. Sin embargo, si preguntamos a las definiciones a qué debe ser equivalente el texto de destino, nos encontramos con una interesante serie de respuestas: a “elementos de un idioma”, al “material textual”, al “mensaje”, al “texto de origen”. Las teorías en este paradigma parecen estar de acuerdo en algunas cosas (los equivalentes están en el lado de destino, los procesos son direccionales), pero no en otras (la naturaleza de lo que se tiene que traducir).

Cuando se aborda cualquier teoría de la traducción, merece la pena analizar primero cómo define la traducción, y qué presupone y qué omite dicha definición. De este modo, es fácil dejar al descubierto las virtudes y defectos de toda la teoría. En el caso del paradigma general de la equivalencia, la gran virtud de las definiciones es que todas contienen un término (*equivalente*) que distingue la traducción del resto de modalidades de comunicación entre lenguas (reescribir, comentar, resumir, parodiar, etcétera). El gran defecto radica en que la mayoría de las definiciones no explican por qué esta relación a menudo se produce en una sola dirección. Además, estas definiciones a menudo dan lugar a dudas sobre si el equivalente es igual a una posición o valor dentro de un idioma, a un mensaje, a un texto con contenido y estilo, o a todos ellos en distintos momentos.

¿Por qué habrían de ser direccionales las relaciones de equivalencia? Esta pregunta se formuló hace bastantes años en una teoría muy elegante de Otto Kade, que trabajó en Leipzig, en la antigua Alemania del Este. Kade (1968) proponía que la equivalencia a nivel de palabras o frases puede ser de al menos tres tipos: “de uno a uno”, como en el caso de los términos técnicos estables (*tomography* = tomografía); “de uno a varios”, que es lo que sucede cuando los traductores tienen que elegir una solución entre varias alternativas (como en el ejemplo de *lifeline*); o “de uno a ninguno”, que es cuando los traductores tienen que crear una nueva solución (acuñar un neologismo o tomar prestado el término extranjero). Kade admite que las relaciones de uno a uno en realidad sólo conciernen a los términos técnicos, y podríamos añadir que tal vez tengan más que ver con la terminología y la fraseología que con la traducción en sí. En cualquier caso, es obvio que esas relaciones son de doble sentido: se puede pasar de la lengua A a la lengua

B y viceversa. Sin embargo, el caso de las relaciones de uno a varios parece ser profundamente direccional, ya que no existe ninguna garantía de que si revertimos el proceso llegaremos al lugar del que partimos. El tipo de problemas que implican las relaciones de uno a ninguno podría ser incluso más direccional, excepto cuando se soluciona el problema por medio de préstamos (que, por lo demás, es como se crea buena parte de la terminología internacional).

Según las categorías de Kade, la direccionalidad en las definiciones anteriormente expuestas parece implicar que se trata de casos de relaciones de “uno a varios”. Describiremos entonces esas definiciones como “direccionales”, dado que como mínimo se olvidaron de decirnos si la equivalencia de la que hablan implica relaciones de igualdad o movimientos que pueden ir indistintamente de un lado al otro. Esto puede parecer rizar el rizo, pero su importancia se entenderá un poco más adelante.

En el extremo opuesto encontramos nociones de equivalencia que hacen hincapié en el movimiento de doble sentido. Según esta perspectiva, puede comprobarse si un equivalente es adecuado mediante una sencilla prueba: volverlo a traducir a la lengua de origen. Podemos traducir *Friday* como *viernes* y luego *viernes* como *Friday*, sin importar qué término es el de origen y cuál es la traducción. Se podría denominar a este tipo de equivalencia de doble sentido equivalencia “natural”, al menos en tanto que la correspondencia existía antes de llevarse a cabo el acto de traducción (con este sentido emplearon Nida y Taber el término “natural” en la definición mencionada arriba). Esa “naturalidad” podría ser una ilusión (cabe preguntarse si se pueden considerar naturales los equivalentes técnicos de “uno a uno” que menciona Kade), pero no cabe duda que esa ilusión ha ejercido una fuerte influencia ideológica sobre muchas teorías de la traducción, algo que no deberíamos olvidar. En el caso de *Friday the 13th* y *martes y trece*, se puede pasar de una expresión a la otra y viceversa siempre que nos mantengamos en el ámbito de la mala suerte, e incluso podemos hacer creer a los demás que la equivalencia entre las dos expresiones está en la naturaleza misma de nuestros sistemas culturales. El mismo tipo de prueba se puede aplicar a *Le juste prix*, e incluso a *Der Preis ist heiss*, si definimos cuidadosamente a qué niveles opera la equivalencia. Pero la prueba de invertir el sentido de la traducción no siempre funciona: los misterios de las relaciones “uno a varios” aparecen enseguida. Por ejemplo, ¿por qué aparentemente los franceses no tienen

Le prix juste? ¿Qué sucede con las *lifelines* que pasan a ser *jokers* y *comodines*? ¿Puede decirse que estas equivalencias sean naturales? Por lo demás, ¿qué podemos decir acerca del *Friday the 13th* que al parecer se reconoce en Taiwan no porque forme parte de esa cultura, sino porque llegó hasta allí por medio de una película de terror del mismo título? Algunos tipos de equivalencia se refieren a lo que existe en una lengua antes de la intervención del traductor (de aquí la ilusión de la naturalidad), mientras que otros se refieren a lo que los traductores pueden producir en la lengua de destino (de ahí la direccionalidad del resultado).

“Direccional” y “natural” son los términos que utilizaremos aquí para describir los diferentes conceptos empleados por las teorías de la traducción. No son términos empleados en las teorías en sí, pero nos ayudan a extraer algo de sentido en un terreno confuso. La mayoría de las preguntas que plantea la lingüística estructuralista concierne estrictamente a la equivalencia *natural*, o a la búsqueda de ella. Cuando mencionamos el ejemplo de Saussure acerca de *sheep* y *mouton* decíamos que “un término traduce al otro”. Esto es también válido en el caso de la leche polaca y los días asociados con la mala suerte en diferentes lugares del mundo. De acuerdo con ese paradigma lingüístico, no debería importar cuál de los términos es el de origen y cual es el de destino. Por otro lado, según las definiciones de traducción mencionadas, la equivalencia es algo que resulta de un movimiento direccional. Esas definiciones adoptan una perspectiva bastante diferente del concepto de la equivalencia.

Resaltar la direccionalidad fue tal vez el recurso más meditado para resolver el problema de la lingüística estructuralista. No obstante, para comprenderlo hemos de seguir el camino al que se dirigían las teorías naturalistas.

ESTRATEGIAS PARA MANTENER LA EQUIVALENCIA NATURAL

Uno de los textos más entretenidos en todas las teorías de la traducción es la introducción de la obra de Vinay y Darbelnet *Stylistique comparée du français et de l'anglais*, publicada por primera vez en 1958. Los dos lingüistas franceses se desplazan

en coche de Nueva York a Montréal, anotando el texto de los carteles con que se van topando por el camino:

Pronto llegamos a la frontera canadiense, donde el idioma de nuestros antepasados es música para nuestros oídos. La autopista en Canadá está construida de la misma manera que en Estados Unidos, solo que aquí los carteles son bilingües. Después de SLOW, pintado en la calzada con letras enormes, aparece LENTEMENT, que va de un extremo a otro de la autopista. ¡Qué adverbio tan aparatoso! Lástima que los franceses nunca crearan un adverbio usando el adjetivo LENT... Pero, ahora que lo pensamos, ¿es LENTEMENT realmente el equivalente de SLOW? Comenzamos a tener dudas, como suele ocurrir al cambiar de un idioma a otro, cuando, al tomar una curva, aparece el texto SLIPPERY WHEN WET, seguido del francés GLISSANT SI HUMIDE. ¡Dios mío!, paremos un momento en este SOFT SHOULDER, que gracias a Dios no va seguido de ninguna traducción, y meditemos sobre ese SI, condicional, más resbaladizo que una pista de hielo. Ningún hablante monolingüe de francés habría construido esa frase con naturalidad, como tampoco habría pintado la autopista de extremo a extremo para escribir un adverbio acabado en -MENT. Aquí llegamos a un punto clave, una especie de cruce de caminos entre dos idiomas. Pero... ¡ahora está claro! *Parbleu!* En lugar de LENTEMENT [adverbio, como en inglés] se debería decir RALENTIR [verbo en infinitivo, como en Francia]. (1958: 19 nuestra traducción)

¿Qué tipo de equivalencia se persigue aquí? La equivalencia que los lingüistas perciben, ejemplificada por el largo adverbio *lentement*, sería suficiente en términos direccionales, ya que *lentement* dice virtualmente lo mismo que el adverbio inglés *slow*. Cambia la longitud, pero parece que en la carretera hay espacio suficiente. Lo que preocupa a los lingüistas es que el signo *Lentement* no es lo que uno encontraría en las carreteras de Francia. Para ellos, el equivalente debería ser *Ralentir*, ya que es ese término el que se habría empleado si no se hubiera traducido del inglés (si Canadá estuviera dentro de Francia). Este segundo tipo de equivalencia es, por tanto, no direccional. De hecho, tampoco es traducción como tal: es lo que distintas lenguas y culturas parecen producir desde dentro de sus propios sistemas. Esto es, ciertamente, una equivalencia natural: *Slow* debería traducirse como *Ralentir*, que debería traducirse como *Slow*, y así sucesivamente.

Los equivalentes naturales existen, pero rara vez se encuentran en estado natural. En la mayoría de los casos se trata de ejemplos de terminología, palabras que se han estandarizado de forma artificial, que se han *hecho* corresponder exactamente con otras. Todos los campos especializados tienen su propia terminología y, de forma artificial, se crean equivalentes “naturales”. Sin embargo, según Vinay y Darbelnet, los glosarios impuestos de forma artificial deben evitarse dentro de lo posible. Por el contrario, se han de buscar equivalentes caracterizados como “naturales”, precisamente porque

supuestamente se han desarrollado sin sufrir las interferencias de lingüistas, de traductores o de otros idiomas. Según este naturalismo, las mejores traducciones se logran cuando no se traduce, idea que se pone en práctica cuando se consultan textos paralelos.

A finales de los años cincuenta y durante los sesenta, la equivalencia se concebía con frecuencia de esta manera. Desde el enfoque estructuralista, el problema no era mostrar qué era la “cosa” o qué se quería hacer con ella (Vinay y Darbelnet podrían haber preguntado qué palabras serían más eficaces para hacer que los canadienses redujeran la velocidad). El problema era describir cómo se podía lograr la equivalencia en las situaciones donde no existían equivalentes naturales obvios.

Vinay y Darbelnet trabajaron con ejemplos para definir siete estrategias generales que podían emplearse en este tipo de situaciones. En la Figura 1 presentamos una adaptación de los ejemplos que representan dichas estrategias¹.

FIGURA 1
Resumen de las siete estrategias de Vinay y Darbelnet
(adaptado de Vinay y Darbelnet 1972: 55)

	<i>Léxico</i>	<i>Frase</i>	<i>Mensaje</i>
1. Préstamo	Ing. fuselage Esp. internet Fr. bulldozer	Ing. à la mode Esp. reality-show Fr. science-fiction	Ing. Bon voyage! Esp. ¡Habemus Papa! Fr. five o'clock tea
2. Calco	Ing. Normal School Esp. Fútbol / balompié Fr. économiquement faible	Ing.. Governor General Esp. jardín de infancia Fr. Lutétia Palace	Ing. Take it or leave it. Esp. Y el ganador es... Fr. Compliments de la Saison

¹ Sánchez Trigo (2002: 208-209) presenta otros ejemplos que son sin duda mejores, ya que no intentan reproducir los ejemplos de Vinay y Darbelnet. Así, algunos *préstamos* en español serían “naïf” y “software”; los calcos son del tipo “ciencia ficción” o “jardín de infancia” (del alemán *Kindergarten*); *traducción literal* es cualquiera versión que se hace con éxito palabra por palabra; la *transposición* es lo que nos lleva de “neatly designed” a “diseñado con simple elegancia”; la *modulación* sería el nombre que corresponde a la transformación de la metáfora entre “food for thought” y “materia de reflexión”; la *correspondencia (équivalence)* se ve cuando “the early bird catches the worm” se expresa como “a quien madruga Dios le ayuda”; y la *adaptación* sería cuando la expresión “He kissed his daughter on the mouth” se considera inaceptable por razones culturales y se traduce como “Abrazó tiernamente a su hija”. Sánchez Trigo agrupa las estrategias 1, 2 y 3 como “traducción directa” y las restantes como “traducción oblicua”, términos que provienen de Vázquez Ayora (1977: 257-265).

3. Traducción literal	Ing. Ink Esp. Tinta Fr. Encre	Ing. The ink is on the table Esp. La tinta está sobre la mesa Fr. L'encre est sur la table	Ing. What time is it? Esp. ¿Qué hora es? Fr. Quelle heure est-il?
4. Transposición	Ing. From: Esp. Expediente: Fr. Expéditeur:	Ing. As timber becomes more valuable Esp. A medida que se incrementa el valor de la madera Fr. Depuis la revalorisation du bois	Ing. No smoking Esp. No fumar Fr. Défense de fumer
5. Modulación	Ing. Shallow Esp. Poco profundo Fr. Peu profond	Ing. Give a pint of your blood Cat. [Es necessita sang,] dóna'n una mica Esp. [No nos olvidés,] dona sangre. Fr. Donnez un peu de votre sang	Ing. No Vacancies Esp. Completo Fr. Complet
6. Correspondencia	Ing. (milit.) tea Esp. (milit.) rancho Fr. (milit.) la soupe	Ing. Like a bull in a china shop Esp. Como un elefante en una cacharrería Fr. Comme un chien dans un jeu de quilles	Ing. hollow triumph Esp. victoria pírrica (?) Fr. château de cartes
7. Adaptación	IngBr. Cricket IngAm. Baseball Esp. Fútbol Fr. Cyclisme	Ing. Before you could say Jack Robinson Esp. En un santiamén Fr. En un clin d'œil	IngAm. Hi! Esp. ¡Buen provecho! Fr. Bon appetit!

Es evidente que no todas las estrategias conducen a la equivalencia natural. Por ejemplo, los lingüistas aprueban el uso de préstamos y calcos (necesariamente direccionales) sólo cuando no se dispone de un equivalente ya existente. Permiten la “traducción literal” (que en este caso refiere a una traducción directa, palabra por palabra), aunque hacen hincapié en que los resultados pueden ser poco naturales precisamente a causa de la direccionalidad. Las estrategias de mayor interés para Vinay y Darbelnet son la transposición (que implica una transformación de las categorías gramaticales) y la modulación (que requiere ajustes para adecuar el texto a las convenciones del discurso), ya que estas son las principales estrategias para introducir cambios lingüísticos mientras se mantiene la igualdad semántica. Las dos estrategias restantes concernían adaptaciones culturales: la correspondencia (llamada *équivalence* en la versión francesa), que consistiría en hacer uso de todos los proverbios y referentes correspondientes (como *martes y 13* por *Friday the 13th*), y la adaptación, que se referiría a conceptos diferentes que tienen funciones culturales más o menos equivalentes: el ciclismo es para los franceses lo que el *cricket* representa para los ingleses, el béisbol para los estadounidenses, y sin duda el fútbol para los hispanoparlantes (o tal vez la

corrida de toros, si el hilo conductor es la identificación nacional). En resumen, las estrategias de Vinay y Darbelnet abarcan procedimientos desde los muy “direccionales” en un extremo (en la parte superior de la tabla) hasta las muy “naturales” en el otro (en la parte inferior, que ellos mismos califican de “mayor dificultad”), lo que quiere decir que reconocen algún tipo de continuidad entre ambos tipos de equivalencia.

Existen bastantes enumeraciones de estrategias similares. El enfoque de Vinay y Darbelnet estaba inspirado en el de Malblanc (1944), que comparó el francés y el alemán. A su vez, Vinay y Darbelnet fueron un punto de referencia en el estudio de Vázquez-Ayora (1977), que trabajó con el inglés y el español. También se han descrito varios tipos de estrategias para lograr la equivalencia en otras tradiciones, incluidos los rusos Fedorov (1953), Shveister (1987) y Retsker (1974), además del estadounidense Malone (1988). Todo ello está convenientemente resumido en Fawcett (1997). Algunos de estos teóricos son más accesibles que otros, pero ninguno de ellos parece haber ampliado sustancialmente la perspectiva fundamental de Vinay y Darbelnet. La única estrategia que nos gustaría añadir a las antes mencionadas es la *compensación*, es decir, cuando un equivalente no se puede lograr en un punto o nivel de la traducción pero se puede compensar de otro modo (cf. Vázquez Ayora 1977: 376). Por ejemplo, el uso de un dialecto en el texto de origen podría sustituirse por varios adjetivos que describan al hablante en cuestión; o el uso funcional de *tú* o *usted* (una distinción que se ha perdido en inglés) se podría compensar por una selección de elementos léxicos íntimos o formales (pueden encontrarse más ejemplos en Fawcett 1977).

Estas listas de estrategias tienen sentido cuando se presentan junto a ejemplos cuidadosamente seleccionados. Sin embargo, al observar una traducción e intentar precisar exactamente qué estrategia se ha empleado, es corriente encontrarse con que varias de ellas explican la misma equivalencia, mientras que algunas relaciones de equivalencia no se corresponden claramente con ninguna estrategia. Vinay y Darbelnet reconocen el problema:

La traducción (en una puerta) de PRIVATE [Privado] como DÉFENSE D'ENTRER [Prohibido el paso] es al mismo tiempo una transposición, porque el adjetivo *private* se convierte en una frase; una modulación, porque una afirmación pasa a ser una advertencia (cf. *Wet Paint: Prenez garde à la peinture* [ojo a la pintura]), y una correspondencia, porque la traducción se ha producido volviendo a la situación inicial sin preocuparse por la estructura de la frase en inglés. (1958: 54)

Si tres categorías explican un mismo fenómeno, ¿son necesarias todas las categorías? ¿O acaso existen tantas categorías como equivalentes?

Las teorías son más bien vagas al explicar cómo funciona la equivalencia natural. La mayoría presuponen que existe una realidad o pensamiento (un referente, una función, un mensaje) que se sitúa fuera de todas las lenguas y a la que éstas se refieren. Esa realidad sería, por lo tanto, un tercer elemento en la comparación, un *tertium comparationis*, disponible para ambas partes. El traductor iría desde el texto de origen hasta este elemento, y después del elemento al correspondiente texto de destino. Las traducciones no naturales serían por tanto el resultado de un movimiento directo desde el texto de origen al texto de destino, sin pasar por la realidad a la que se refieren, como en el caso de *Slow* traducido al francés como *Lentement*.

Tal vez la teoría más conocida de este proceso es la que formula la traductóloga serbofrancesa Danica Seleskovitch. Para ella, una traducción sólo puede ser natural si el traductor consigue olvidarse por completo de la forma del texto de origen. Ella recomienda “escuchar el sentido” o “desverbalizar” el texto de origen de forma que el traductor sea consciente únicamente del sentido, que puede entonces ser expresado en todos los idiomas. Esta es la base de la llamada “teoría del sentido” (*théorie du sens*). Desde nuestra perspectiva, se trata de una teoría sobre la equivalencia natural vista desde la perspectiva de los *procesos* mentales del traductor o intérprete, en lugar del análisis comparativo de los *productos* al que se refieren Vinay y Darbelnet.

La gran dificultad de esta teoría estriba en que si el sentido se desverbaliza, ¿cómo podemos saber lo que es? Tan pronto como tratáramos de mostrárselo a alguien, le habríamos dado una forma u otra. Y no existen formas (ni siquiera las pequeñas imágenes o diagramas que a veces se emplean) que puedan considerarse verdaderamente universales. Es decir, no hay modo de probar que existe algo como el sentido desverbalizado. “Escuchar el sentido” sin duda sirve como metáfora para describir un estado mental que se consigue al hacer interpretación simultánea, pero lo que el intérprete escucha no puede tener sentido sin tener forma. Esta teoría se queda en una metáfora vaga con importantes ventajas pedagógicas.

Una de las paradojas que nos encontramos aquí es que las teorías como la de Seleskovitch animan a los traductores a *no observar* las formas lingüísticas en gran detalle, mientras que los métodos comparativos propugnados por Vinay y Darbelnet y otros están basados en la atención minuciosa a las formas lingüísticas en ambas lenguas. Las teorías de los procesos se encuentran en el extremo que une la lingüística y la psicología (Seleskovitch recurrió al psicólogo suizo Piaget). El método comparativo, en cambio, se enmarca por completo dentro de la lingüística: trata de comparar no sólo frases y selecciones léxicas aisladas, sino también convenciones pragmáticas del discurso y modos de la organización del texto. Los lingüistas que trabajan en lingüística aplicada, como Hatim y Mason (1990 y 1997) sencillamente amplían el nivel de la comparación, generalmente manteniéndose dentro del paradigma de la equivalencia natural.

Para aquellos que creen en la equivalencia natural más idealista, la aspiración última es encontrar el equivalente anterior a la traducción que reproduce todos los aspectos de lo que se quiere expresar. Por tanto, las perspectivas naturalistas no dedican mucho tiempo a definir qué es la traducción; no hay un gran análisis de los diferentes tipos de traducción, o de las diferentes aspiraciones que puede tener un traductor. Esas cuestiones se deciden de alguna forma por la equivalencia misma. La traducción es sencillamente traducción. No obstante, eso no siempre es así, ya que también existen teorías de la equivalencia direccional.

ESTRATEGIAS PARA LOGRAR LA EQUIVALENCIA DIRECCIONAL

Las teorías de la equivalencia direccional suelen tratar de lo que permanece igual y lo que cambia después de la transición del original a la traducción. La mayoría de las teorías que funcionan dentro de este sub-paradigma no enumeran estrategias, sino distintos tipos de equivalencia. También hablan de diferentes tipos de traducción, que viene a ser lo mismo, ya que las diferencias a la hora de traducir dependen de a qué nivel se busque la equivalencia.

Muchas de las teorías se basan únicamente en dos tipos de equivalencia, normalmente presentados como una dicotomía simple (sólo se puede traducir de una manera o de otra). Quizá el más conocido de estos traductólogos sea el estadounidense

Eugene Nida, que argumentó que la Biblia puede traducirse para que conservara la “equivalencia formal” (ajustándose a las palabras y a los patrones textuales) o la “equivalencia dinámica” (tratando de recrear la función que las palabras podrían haber tenido en la situación original). Por ejemplo, el *cordero de Dios* que conocemos en la tradición cristiana en lengua española podría convertirse en la *foca de Dios* para una cultura inuit que sabe mucho de focas y muy poco de corderos. Ese sería un caso extremo de “equivalencia dinámica”. Por otro lado, el nombre *Belén* significa *Casa del pan* en hebreo, de modo que podría traducirse así si buscamos la equivalencia dinámica a ese nivel. En ese caso, los traductores normalmente optan por la equivalencia formal, incluso cuando recurren a la equivalencia dinámica en algún otro lugar del mismo texto. (Por supuesto, las cosas no son siempre tan fáciles: la palabra árabe para designar a Belén, *Beit Lahm*, significa *Casa de la carne*, por lo tanto cabe preguntarse a cuál de los dos nombres debería ser equivalente la traducción).

Como hemos visto, las definiciones de la traducción que propone Nida parecen buscar un equivalente “natural”. En un determinado momento, el traductólogo le dio vueltas a la idea de que las *kernel phrases* de Chomsky podían ser el *tertium comparationis*. Nida, sin embargo, hablaba sobre todo de traducir la Biblia a los idiomas y culturas que no forman parte de la tradición cristiana. ¿Qué equivalente “natural” podría encontrarse para el nombre de Jesús o Dios en un idioma en el que nunca han sido mencionados? Cualquier solución implicaría probablemente una noción de equivalencia direccional, no natural. En la teoría de Nida, se ha empleado una ideología de la naturalidad para enmascarar el hecho de que la finalidad de la traducción es cambiar otras culturas.

Una dicotomía semejante se encuentra en el crítico de traducciones Peter Newmark (1981, 1988), que distingue entre “traducción semántica” y “traducción comunicativa”. La traducción semántica buscaría los valores formales del texto de origen y trataría de conservar el máximo número posible de ellos; la traducción comunicativa se fijaría en las necesidades de aquel a quien va dirigida la traducción y se adaptaría a ellas tanto como fuera necesario. Las teorías de la equivalencia direccional implican que los traductores tienen que elegir qué aspecto del texto de origen quieren conservar. Por lo tanto, no se presupone que exista un equivalente “natural” necesariamente.

Para el teórico alemán Werner Koller, de cuyo manual se publicaron cuatro ediciones y numerosas reimpressiones entre 1979 y 1992, los equivalentes son lo que los traductores *producen* (cf. Pym 1997); de hecho, no existen antes del acto de traducción (cf. Stecconi 1994). Koller también muestra que no es necesario restringir la equivalencia a sólo dos tipos. Se pueden encontrar equivalentes para tantas partes o niveles de un texto de origen como se consideren pertinentes. Koller propone cinco marcos para las relaciones de equivalencia: denotativo (basado en factores extra-lingüísticos), connotativo (basado en el estilo en que el texto de origen está expresado), normativo (respetar o cambiar normas textuales o lingüísticas), pragmático (con respecto a quien recibirá el texto de destino) y formal (las cualidades formales y estéticas del texto de origen). El traductor tendría que seleccionar el tipo de equivalencia más apropiado para la función dominante del texto de origen. La teórica alemana Katharina Reiss (1971, 1976) decía algo similar en los mismos años: reconocía tres tipos básicos de textos y argumentaba que cada tipo requiere que se busque la equivalencia a un determinado nivel.

Existen diferencias importantes entre los términos empleados en este conjunto de teorías. Los dos tipos de equivalencia de que hablaba Nida se pueden aplicar potencialmente a cualquier tipo de texto. Según él, un mismo texto puede traducirse de formas distintas según el público al que vaya dirigido. Koller y Reiss, por otro lado, consideran que las estrategias del traductor, por lo general, las determina la naturaleza del texto. Los diferentes usos del término “equivalencia” describen por tanto cosas muy distintas. Además, no parece que haya ninguna razón de peso para que existan cinco modos de ver la equivalencia (según Koller), tres (según Reiss) o sólo dos (según Nida). Puede haber incluso más categorías de las que las teorías normalmente consideran, y muchas soluciones que no encajan en ningún tipo.

Piénsese en los problemas que conlleva la traducción de un curriculum vitae. ¿Se adapta a la forma corriente en la cultura de destino? ¿Se reproduce tal cual la de la cultura de origen? La solución suele ser una mezcla, ya que la primera opción da mucho trabajo y la segunda seguramente perjudicaría al candidato. No obstante, hoy en día muchos currículos se almacenan en bases de datos que pueden imprimirse en varios formatos y en varios idiomas (inglés, español y catalán en el caso de nuestra universidad). Los resultados son equivalentes a algo, pero no concuerdan con los parámetros direccionales

antes enumerados. En tales casos, la tecnología parecería devolvernos a una equivalencia “natural” de un tipo particularmente artificial.

LA EQUIVALENCIA COMO REFERENCIA

Como ya mencionamos, Snell-Hornby critica el concepto de equivalencia alegando que presentaba “una ilusión de simetría entre idiomas” (Snell-Hornby 1988: 22). Ahora estamos en posición de apreciar que su crítica podría ser cierta en el caso de la equivalencia natural (especialmente si dicha equivalencia va ligada a una ideología del “uso natural”), pero apenas tiene sentido cuando hablamos de las teorías de la equivalencia direccional. Las teorías naturalistas fundamentalmente analizan idiomas, moviéndose dentro del paradigma de la lingüística estructuralista. Las teorías direccionales, por el contrario, trabajan sobre todo a nivel del uso creativo del lenguaje al intentar analizar el *habla* más que la *lengua*.

Históricamente, las teorías direccionales han sido las más activas dentro del paradigma de la equivalencia. Esto se debe en parte a que encierran una visión dinámica de la traducción como proceso. También se debe a que, cuando analizan productos en lugar de procesos, estas teorías son capaces de describir cómo las traducciones remiten de vuelta a los textos de origen. En esta línea, el teórico checo Jiří Levý (1969: 32ff.) distinguía entre traducciones ilusorias y no ilusorias. Al leer una traducción “ilusoria”, el lector no se da cuenta de que es una traducción; ha sido tan bien adaptada a la cultura de destino que bien podría ser un texto escrito así. En cambio, una traducción “no ilusoria” retiene algunas de las características del texto de origen, dejando ver que se trata de una traducción. Esta oposición básica ha sido reformulada varias veces. La lingüista alemana Juliane House (1977, 1997) habla de traducciones evidentes (*overt translations*) y traducciones encubiertas (*covert translations*). Christiane Nord (1988, 1997: 47-52) prefiere hablar de traducción documental o instrumental. El teórico israelí Gideon Toury (1995) habla de traducciones “adecuadas” (al texto de origen) o “aceptables” (desde el punto de vista de las circunstancias de la recepción); el teórico estadounidense Lawrence Venuti (1995) opone las traducciones “fluidas” a las “resistentes”. Y detrás de todos ellos está el traductor y predicador alemán Schleiermacher (1813) que argumentaba que las

traducciones podían ser “extranjerizantes” (*verfremdend*) o familiarizantes (*verdeutschend*, “alemanizantes”). Aunque estas oposiciones nos hablan todas de cosas ligeramente distintas, todas podrían encajar más o menos en la descripción de los dos posibles movimientos de Schleiermacher: “O bien el traductor deja en paz al autor, en la medida de lo posible, y acerca el lector al autor, o bien deja en paz al lector, en la medida de lo posible, y acerca el autor al lector” (1813: 63). Como en el caso de Nida, se trata de una elección que depende del traductor, no necesariamente de la naturaleza del texto de origen. Lo extraño de todo ello es que tantos teóricos se hayan contentado con algo tan simple como elegir entre dos posibilidades.

Se puede considerar que todas estas oposiciones operan dentro del paradigma de la equivalencia. En todos los casos, las dos maneras de traducir pueden aducir que representan algún aspecto o función del texto de origen. El primer término de cada oposición correspondería aproximadamente a la idea de “equivalencia formal” de Nida o al “*ut interpretes*” de Ciceron, mientras que el segundo incorpora algún grado de “equivalencia dinámica” o el “*ut orator*”. Es decir, los teóricos de la equivalencia direccional han estado diciendo lo mismo una y otra vez durante siglos. No obstante, tratemos de aplicar estas oposiciones a los sencillos ejemplos citados al comienzo de este capítulo. Si tomamos el ejemplo de *Friday the 13th*, sabemos que una traducción formal al español emplearía el término *viernes 13*, y una que buscara el equivalente dinámico emplearía la frase *martes y 13*. Pero, ¿cuál de estas traducciones es extranjerizante y cuál es familiarizante? ¿Cuál acerca el lector al autor y cuál hace lo contrario? Parece imposible de decir, al menos si no contamos con más información. O para ser más exactos, ambas traducciones podrían ser familiarizantes a su manera. Si buscáramos una opción extranjerizante (no ilusoria, patente, documental, adecuada, resistente), tendríamos que considerar algo como “*Friday 13, día de la mala suerte*”, “*viernes 13, día de la mala suerte*”, o incluso “*viernes 13, día de la mala suerte en los países de habla inglesa*”. ¿Es este tipo de traducción equivalente? Ciertamente no lo es a nivel formal. ¿Se podría argumentar que existe equivalencia en cuanto a la función? Difícilmente. Después de todo, una sencilla frase referencial se convierte en toda una explicación cultural, en un lugar en el que el texto de origen no ofrece ninguna. Algunos dirían que la explicación no es equivalente porque nuestra versión es demasiado larga para ser una

traducción. Otros podrían alegar que este tipo de expansión consiste en hacer explícita la referencia cultural, y que puesto que se trata de la misma referencia, sigue siendo equivalente. La versión más larga, en ese caso, sería una excelente traducción equivalente.

Llegamos a un punto en que la idea de la equivalencia natural se deshace por su propio peso. La direccionalidad cobra sin duda una mayor importancia; podríamos usarla para justificar una expansión o reducción textual considerable. Aun así, el paradigma de la equivalencia se vuelve problemático: ¿Cuánta información explicativa se puede insertar respetando la equivalencia? No existe un acuerdo claro. El debate concierne entonces qué es y qué no es traducción. Y esa es una pregunta que el paradigma de la equivalencia nunca tuvo el propósito de abordar; sencillamente presuponía una respuesta.

¿SÓLO DOS CATEGORÍAS?

¿Existe alguna razón por la que tantas teorías distintas sobre equivalencia direccional contemplen sólo dos categorías? Da la impresión de que sólo se puede traducir de dos formas, sin opciones intermedias. Sin embargo, muchos problemas de traducción tienen más de dos soluciones. Los enfoques naturalistas, de hecho, pueden tener más de dos categorías (Vinay y Darbelnet, por ejemplo, mencionan siete estrategias). ¿Cómo podríamos explicar este profundo binarismo en el lado de la equivalencia direccional? A continuación sugerimos dos posibilidades.

En primer lugar, podría haber algo profundamente binario en la traducción basada en la equivalencia. Para comprender esto, tradúzcase la siguiente oración a un idioma distinto del inglés (preferiblemente no alemán ni neerlandés):

The first word of this very sentence has three letters.

En español el resultado sería:

La primera palabra de esta oración tiene tres letras.

Aquí la equivalencia a nivel de palabra está muy bien, pero la equivalencia funcional se ha perdido. Una autoreferencia ha pasado a ser falsa, dado que la primera palabra en español tiene dos letras y no tres (cf. el análisis de este ejemplo en Burge 1978). ¿Cómo debería traducirse la oración original? Podríamos hacerlo así:

La primera palabra de esta oración tiene dos letras.

En este caso, se pierde la equivalencia a nivel de palabra, pero la autoreferencia sigue siendo válida. Nuestra traducción parecería entonces haber pasado de ser no ilusoria a ilusoria, de documental a instrumental, de adecuada a aceptable, etcétera. Según este ejemplo parece que sólo hay estas dos posibilidades, un tipo de equivalencia o bien el otro. ¿O es que acaso existe alguna otra posibilidad que no hemos considerado?

Una segunda razón por la que se mencionan sólo dos categorías puede encontrarse en el siglo XIX. Como hemos visto, Friedrich Schleiermacher (1813) sostenía que sólo hay dos movimientos básicos: o acercar el autor al lector, o el lector al autor. La razón de esto es que “de la misma manera que una persona pertenece a un país, tiene que adherirse a un idioma u otro, o de lo contrario acabará desarraigado e infeliz en un terreno medio” (1813: 63). Al parecer, los traductores no pueden permitirse vivir en dos culturas a la vez.

Si estudiamos estas dos razones, podemos ver que fundamentalmente están diciendo lo mismo: que la traducción tiene dos caras (origen y destino) y por lo tanto dos maneras posibles de conseguir la autoreferencia, y dos posibles contextos desde los cuales el traductor puede hablar. Esto podría hacer pensar que la equivalencia direccional es una teoría especialmente útil para ciertos tipos de traducción, y que esos tipos, con sólo dos caras fundamentales, son particularmente útiles para mantener a las personas cada una en su lado, con su idioma y en su país. Por lo demás, ¿no es precisamente esa la utilidad de la traducción?

Ernst-August Gutt (1991, segunda edición 2000) propone una teoría que aborda estos problemas con cierta elegancia. Gutt examina las teorías de la equivalencia natural (del tipo que hemos visto en Vinay y Darbelnet) y dice que, en principio, los tipos de equivalencia que se pueden establecer son ilimitados. Cada texto, incluso cada una de las decisiones del traductor, tendría su propia teoría de la equivalencia. Por consiguiente, todas estas teorías tienen un defecto grave, ya que una teoría debería siempre tener menos términos que objetos a los que estos se refieran.

Para superar esta dificultad, Gutt no examina idiomas o traducciones como tales, sino lo que las personas creen que es la traducción. Aquí distingue entre algunos tipos de traducción, y lo hace por medio de dos pasos binarios:

- Las *overt translations* (“traducciones evidentes”, como el la teoría de House) son textos marcados como traducciones, mientras que *covert translations* (“traducciones encubiertas”) serían cosas como la localización de una campaña de publicidad para un público distinto, lo que bien podría no ser una traducción propiamente dicha. El público que recibe una “traducción encubierta” no se preguntará si es equivalente o no, por lo que a Gutt no le interesan.
- Dentro de las *overt translations*, consideradas traducciones propiamente dichas, existen dos tipos: la “traducción indirecta” (*indirect translation*), que engloba a todas las traducciones que se pueden utilizar sin consultar el contexto original o el texto de origen, y la “traducción directa” (*direct translation*), que sería la que emplea el contexto original como referencia necesaria. En las palabras de Gutt, en la recepción de la traducción directa “se crea una presunción de semejanza interpretativa completa” (1991: 186). Cuando recibimos una traducción directa, creemos entender lo mismo que han entendido los lectores del texto original, aunque esa creencia no depende de ninguna comparación de los pormenores lingüísticos de ambos textos.

Así, la crítica a la equivalencia natural (demasiadas categorías posibles) nos lleva de vuelta a la dos categorías familiares (“directo” en oposición a “indirecto”). Y esas dos,

como vemos ahora, son muy típicas de la equivalencia direccional. Eso debería ser razón suficiente para considerar a Gutt un teórico de la equivalencia.

Lo que hace especialmente interesante el enfoque de Gutt es su forma de explicar la equivalencia direccional como “ semejanza interpretativa”. Considera el lenguaje como una representación muy pobre del sentido, como un simple conjunto de “pistas comunicativas” que los receptores tienen que interpretar. Cuando se dispone a explicar cómo se lleva a cabo esa interpretación de los signos lingüísticos, Gutt recurre al concepto de la “inferencia” formulado por el filósofo Paul Grice (1975). La idea básica es que no nos comunicamos únicamente por medio del lenguaje, sino por la relación entre el lenguaje y el contexto. Considérese el siguiente ejemplo, que presenta Gutt:

- (1) *Texto de origen*: María: “La puerta de atrás está abierta.”
- (2) *Contexto de origen*: Si la puerta de atrás está abierta, pueden entrar ladrones.
- (3) *Implicatura buscada*: Deberíamos cerrar la puerta de atrás.

Si conocemos el contexto, nos damos cuenta de que el texto de origen es una sugerencia o una instrucción, no sólo una observación. Lo que se dice (las palabras en sí) no es lo que se quiere decir (la implicatura que se produce por la interacción de estas palabras y un contexto específico). Grice explica que tales implicaturas operan cuando el hablante incumple ciertas máximas, en este caso la máxima de la “relevancia” o pertinencia. Si conocemos el contexto y las máximas, podemos comprender la implicatura. Si no lo conocemos, no entenderemos qué se está queriendo decir. Nótese que las máximas de Grice *no* son reglas para producir unidades de habla correctas: son reglas que se violan continuamente para producir implicaturas. Las máximas pueden por tanto variar enormemente de una cultura a otra. Esta variabilidad es algo que los lingüistas Dan Sperber y Deidre Wilson (1988) tienden a eludir cuando reducen el análisis griceano a una sola máxima: la de la relevancia. Así se llega a la “teoría de la relevancia”, que afirma que todos los significados se producen por la relación del lenguaje y el contexto. Las implicaturas están en todas partes. Y es a partir de esta teoría de la relevancia que Gutt desarrolla su perspectiva de la traducción.

Si nos disponemos a traducir el texto de origen (1), tendríamos que saber si el receptor de la traducción tiene acceso al contexto (2) y a la máxima pragmática que se

incumple. Si estamos seguros de que tiene acceso a ambas cosas, podríamos traducir el texto palabra por palabra, produciendo algo parecido a un equivalente formal. Si no, tal vez fuera preferible traducir la implicatura y así transmitir la “función”, lo que las palabras significan aparentemente. Por tanto, la noción de implicatura podría darnos dos tipos de equivalencia, en conformidad con dos tipos de traducción.

Sin embargo, Gutt no quiere que estos dos tipos de equivalencia sean equiparables. Pregunta cómo se debería presentar (o traducir) lo que dice María. Existen al menos dos posibilidades:

- (4) “La puerta de atrás está abierta.”
- (5) “Deberíamos cerrar la puerta de atrás.”

Gutt señala que cualquiera de estos informes tendría éxito si el receptor tiene acceso al contexto de origen. Así, podemos establecer la equivalencia a cualquiera de los dos niveles. Es decir, no hay una sola opción, sino dos. Pero, ¿qué sucede cuando el receptor *no* tiene acceso al contexto de origen? Digamos que el receptor no es consciente de la posibilidad de que entren ladrones y que está más interesado en que los niños puedan entrar en casa cuando regresen del colegio. Si quien informa está trabajando en este nuevo contexto, sólo el segundo informe (5), el que explicita la implicatura, tendrá éxito. Nos dirá que la puerta de atrás debería estar cerrada, incluso aunque queden dudas sobre por qué hay que cerrarla. Sin embargo, Gutt cree que la traducción directa debería permitir siempre la interpretación únicamente según el contexto *de origen*. Por tanto preferiría el primer informe (4). Para él, una opción en la línea del segundo informe (5) no tendría por qué considerarse una traducción posible.

La aplicación de la teoría de Gutt podría considerarse idiosincrásica en este punto. Posiblemente se deba a la preocupación particular de Gutt con la traducción de la Biblia. Al insistir en que la interpretación tiene que ser según el contexto de origen, Gutt elimina en gran medida la posibilidad de la “equivalencia dinámica” que Eugene Nida quería utilizar para hacer que los textos bíblicos sean más relevantes para los nuevos lectores. Gutt no sólo insiste en que el contexto de origen es el único que cuenta, sino que también asegura que eso “hace innecesaria e indeseable la explicación de las implicaturas” (1991: 166). Al final, “es la responsabilidad del lector compensar esas diferencias” (ibid.). ¡Que

trabaje el receptor! Según nuestro ejemplo, el receptor del segundo informe (5) debería ser lo suficientemente listo como para pensar en los ladrones. El traductor sólo tendría que informar a los lectores sobre las diferencias contextuales si existe un riesgo de que se malinterprete el mensaje, quizás añadiendo algo como “...porque podrían entrar ladrones”.

En este punto, el paradigma de la equivalencia es muy diferente a la comparación entre los dos idiomas de los que hablábamos al principio. La aplicación de la teoría de la relevancia muestra que la equivalencia es algo que opera más bien a nivel de creencias, de ficciones o de posibles procesos mentales. Por lo tanto, es algo que puede afectar al modo en que los traductores toman sus decisiones.

LA EQUIVALENCIA COMO ILUSIÓN

Independientemente de sus preferencias personales acerca de la traducción ideal, Gutt ofrece una buena explicación de cómo funciona el concepto de equivalencia. Las traducciones, cuando se aceptan como tales, crean una “presunción de semejanza interpretativa”, y podría ser que esa presunción, no importa cuán errónea, sea lo que se viene llamando equivalencia. Entonces no hay razón para seguir investigando; no es necesario poner a prueba las piezas del lenguaje según cien criterios lingüísticos: la equivalencia es siempre “presunta” equivalencia, y nada más.

Respecto a esto, la posición de Gutt está engañosamente cerca de la de Toury (1980: 63-70, 1995), donde todas las traducciones manifiestan la equivalencia sencillamente porque son traducciones. El trabajo es entonces analizar qué son en realidad las traducciones (como veremos en el capítulo sobre las teorías descriptivistas). El concepto de equivalencia de Gutt está también bastante en sintonía con el de Pym (1992, 1995), excepto por el hecho de que Pym hace hincapié en que la equivalencia es histórica, compartida y rentable en muchas situaciones: “el traductor es un productor de equivalencias, un comunicador profesional que trabaja para personas que pagan para creer que, al nivel que sea, B es equivalente a A” (1992: 77).

Gutt, Toury y Pym podrían por tanto estar fundamentalmente de acuerdo en que la equivalencia es una estructura de creencias y como tal tiene que analizarse.

Paradójicamente, esta clase de consenso a grandes rasgos marca también, como es lógico, el fin de la equivalencia como concepto central. Gracias a este acuerdo tácito, los lingüistas pueden aventurarse dentro de la pragmática, los académicos de las teorías descriptivistas pueden recoger y analizar los desplazamientos traductivos, y los historiadores podrían desear igualmente archivar la equivalencia, o bien reconocer que solamente es operativa en la coyuntura de razones sociológicas mucho más interesantes. Todas esas vías alejan el debate de la equivalencia misma. Al hacerlo, reducen al mínimo la lucha entre la equivalencia natural y la equivalencia direccional, matando así la dinámica interna del concepto mismo.

En definitiva, la equivalencia parece haber muerto, excepto por un par de teóricos posmodernos que han leído poca teoría de la traducción y necesitan una encarnación del enemigo esencialista. La historia, sin embargo, no termina aquí.